

LAS INSTITUCIONES DE SEGURIDAD Y DEFENSA

SECURITY AND DEFENCE INSTITUTIONS

ALEJANDRO ORTEGA CUERDA

Un cuarto de hora de exposición sobre los diversos organismos de seguridad y defensa de Europa es tan corto tiempo que me considero dispensado de describirlos en detalle, desde sus orígenes, causas y estatutos, pasando por su evolución cronológica, hasta su situación actual. Asumo, pues, que son conocidos en lo fundamental y me centraré en un análisis de su existencia conjunta, como elementos de una estructura que debiera proporcionar a Europa seguridad, estabilidad y distensión; en una palabra, paz.

No he querido utilizar el término y concepto de «garantía de seguridad», o de garantizar la paz porque es expresión que carece de realismo cuando se refiere al comportamiento humano. Nada hay que pueda garantizar la recta conducta del hombre libre; ni siquiera la verdad suprema para el creyente, que muy pronto ve agotado su cupo de perdón de 70 veces siete. Tan sólo el confinamiento o la muerte anulan al ser humano, pero esas medidas no caben entre las previsiones de los organismos de seguridad y defensa que hoy se analizan.

Todos los tratados de paz, todos los acuerdos de seguridad que se han firmado a lo largo de la Historia han sido rotos alguna vez. Nadie piensa que la paz, la seguridad y la estabilidad pueden garantizarse redactando normas y documentos, y creando instituciones. Y me refiero a tratados y convenios que han sido escritos desde la rectitud de conciencia, la abnega-

ción, el altruismo, la mejor voluntad y el afán de previsión de cualquier posible quiebra; o en circunstancias en que, finalizada una guerra que ha ocasionado grandes destrucciones y pérdidas masivas de vidas humanas, quienes se disponen a que tal barbarie no vuelva a ocurrir redactan tratados y acuerdos aparentemente inviolables e imperecederos. A esos tratados y acuerdos me refiero cuando digo que luego han sido rotos. Siendo esto así, huelga detenerse en razonar la escasa eficacia y la corta vida de las instituciones que nacen viciadas, débiles o taradas.

En estas consideraciones preliminares creo haber apuntado un par de ideas, que serán base de mis razonamientos posteriores, para llegar a conclusiones poco favorables sobre la confianza que inspira el conjunto de instituciones de seguridad y defensa actualmente existentes en Europa:

- Las instituciones europeas en materia de seguridad, en su mayor parte, tienen graves defectos que las hacen ineficaces.
- No hay política de seguridad o defensa posible sin el respaldo de la opción militar.

En esta segunda afirmación, referida al aspecto militar de la seguridad y defensa, quiero hacer especial hincapié como componente de las Fuerzas Armadas en estas *Jornadas Universidad Complutense-CESEDEN*, y porque manifiesto a ustedes mi gran preocupación ante la negligencia e ignorancia que de la opción militar se está dando en la construcción de la seguridad de Europa.

Antes de señalar concretamente organismos de seguridad y de defensa, pretendo recordar que —como es bien sabido— se trata de instituciones distintas, aunque no opuestas, naturalmente. Y procede esta puntualización elemental porque unos y otros han ido ampliando sus competencias, no siempre por razones justificadas —a veces por afán de protagonismo— invadiendo ámbitos que no les corresponden institucionalmente y produciendo confusión y desaliento en las naciones.

Entiendo yo por organización de defensa colectiva aquella que supone un compromiso de defensa mutua entre las naciones miembros, con empleo de medios militares, al producirse una acción hostil contra alguna de las naciones componentes. Es la alianza contra un determinado enemigo, con el propósito de disuadirlo y, si la disuasión falla, oponerse a su agresión y anularla. Se trata de disponer de la voluntad y de la capacidad humana y material para el empleo de la opción militar. Entre esos medios ha de contar con una estructura de mando, control, comunicaciones e inteligencia, así como con unos procedimientos para el empleo de la fuerza. Las alian-

zas han existido desde el principio de la humanidad. En Europa existen la OTAN y la Unión Europea Occidental (UEO).

Por otro lado, organización de seguridad colectiva será la que, en evitación del uso de medios violentos, compromete a sus miembros a ciertos modos de actuación pacífica y asume funciones de detección, prevención y tratamiento de situaciones conflictivas en bien de una solución sin recurso a la fuerza. Por tanto, no hay, en este caso, enemigo o coalición que amenace. Es un acuerdo entre naciones para vivir en paz, y por ello se disponen medidas de prevención y sanciones para quien viole esa paz. Como organizaciones de seguridad colectiva en Europa pueden citarse la ONU, la Organización para Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), el Consejo de Europa, el Consejo Europeo, el Consejo de Cooperación de la Alianza (NACC), la Asociación para la Paz, hasta hace poco el Foro de Consultas, hoy absorbido por la UEO, el Pacto de Estabilidad, feliz y recientemente disuelto en favor de la OSCE y están propuestas el Consejo de Seguridad y Defensa de Europa y el Pacto Transatlántico. Y, en menor medida, actúan también todos los Parlamentos nacionales europeos. Ha de decirse también que por debajo de los citados existe una innumerable cantidad de foros, mesas redondas, conferencias, institutos de investigación, simposios y jornadas de reflexión, como ésta, todos tratando sobre la seguridad de Europa.

Una diferencia más entre estas instituciones: la organización de seguridad colectiva ideal debería de incluir a todas las naciones; es decir, debería contar con el compromiso de todos los Estados de que no recurrirán nunca a la fuerza en la resolución de sus diferencias. Cuantas más naciones comprometidas, más seguro el Mundo. Tiene la ventaja de que la nación que rechaza su integración estará dando a entender sus aspiraciones al empleo de la violencia. Y tiene el gran inconveniente de que en su gran tamaño reside su debilidad, pues fácilmente se vuelve ineficaz o ingobernable.

Por el contrario, la organización de defensa colectiva, o alianza, no busca la universalidad, pues se establece contra alguien, contra otra alianza, o simplemente contra una nación. Buscará acumular el territorio y el poderío militar suficientes para garantizar la disuasión o la victoria.

Hasta aquí, el panorama de organismos de seguridad y defensa en Europa. Creo haber citado al menos los más importantes, como creo también que son demasiados en cantidad y escasos en eficacia, con toda la gravedad e irresponsabilidad que esto supone. Porque es el caso que se

dan dos circunstancias especialmente significativas: una es que la mayoría de estas instituciones están integradas políticamente por los mismos representantes nacionales, los cuales, en muchos casos, apoyan en algunas organizaciones lo mismo que vetan en otras, o recurren a la abstención. Podrá pensarse que ese es el juego de los políticos, a quienes refleja la expresión de que cuando dicen «sí», tan sólo significa «puede ser»; cuando dicen «puede ser» es que no; y si dicen «no», no son buenos políticos. Pero esto, que se considera aceptable cuando se logran los objetivos, tiene aquí escasa validez, ya que —y aquí viene la segunda consideración— entre todas esas organizaciones no se ha logrado un criterio único y compartido sobre la solución, al menos el tratamiento, de los problemas de inestabilidad en Europa.

No existe una política exterior compartida, ni una política de seguridad común, ni de defensa. Mientras tanto, las decepciones de los que esperan van en aumento, con notable quebranto para su justificada ansiedad de paz, así como para la aspiración de una gran Europa. Y es lo cierto que nunca existieron tantas organizaciones de seguridad y defensa de la paz en el más pequeño continente del Mundo.

Es fácil concluir que no hay hoy día solidaridad entre las naciones occidentales, ni entre sus instituciones. En el periodo anterior a la guerra fría, el equilibrio de la división bipolar llevó a que los conflictos fuesen tratados en el más alto nivel político, con el respaldo disuasorio de los arsenales acumulados. Las naciones mantenían entonces una inquebrantable solidaridad y un entendimiento muy cuidado y buscado, para dar en todo momento la impresión de unidad. Creo que entonces, este Tratado de Maastricht, que hoy ha dividido a Occidente, habría logrado una aprobación por mayoría aplastante en todo lo referente a seguridad. No estoy haciendo una llamada a las posturas de fuerza, pero sí digo que, desaparecido el temor a las armas en un clamor de pacifismo, se ha erigido como único valor el afán de consumo y bienestar, con su cortejo de envidias entre las naciones, disidencias y egoísmos, y se han olvidado unos principios éticos y elementales del comportamiento humano por los que vale la pena empeñar todo esfuerzo.

Durante estos últimos y próximos años transcurridos he ido comprobando cómo los fallos que se han ido cometiendo en el campo de la construcción de una estructura de seguridad y defensa de Europa lo han sido también contra los principios de la acción militar, lo que me ha llevado a la conclusión de que el pensamiento militar no ha tenido opción a

exponer sus ideas, ha sido ignorado en cuestiones que le afectan de forma tan directa.

No hablaré pues de los principios morales a los que antes aludía, pues no es esta la ocasión; pero sí lo es —por mi condición de representante de un instituto militar de estudios— para hacer algunas reflexiones sobre los que hemos llamado «principios de la guerra» en relación con el tema que aquí se debate de las «instituciones de seguridad y defensa de Europa».

Quiero aludir primeramente a la guerra que desde hace ya cuatro años se desarrolla en los antiguos territorios de Yugoslavia y que, aparte de ser referencia inevitable al hablar de paz y seguridad, se encuentra a dos horas escasas de vuelo del lugar en que nos encontramos. Ninguna institución europea ha actuado allí con acierto, prontitud y eficacia, al igual que ocurrió en la guerra del Golfo. Esto ha significado un descrédito para todas ellas y para sus Estados miembros, que estuvieron igualmente divididos y vacilantes. Sus respuestas fueron siempre improvisadas. Pero quiero recordar aquí las continuas proclamas políticas que se hacían de que no había una «solución militar» al conflicto, no era viable o aconsejable; tan sólo la acción diplomática, mientras se sucedían las declaraciones de buenas intenciones en favor de la paz entre los pueblos, y mientras continuaba impune un exterminio humano aún inconcebible. Los ejércitos tan sólo parecían valer para operaciones azules. Pero ha bastado que se autorizase su acción militar para poner inmediato fin al genocidio. Caso parecido ocurrió en la guerra del Golfo, igualmente por decisión norteamericana y es que, como decía al principio, no hay política de seguridad o defensa sin el respaldo de la opción militar.

Hago mención ahora a lo que exponía anteriormente sobre la cantidad de instituciones de seguridad y defensa que actúan conjuntamente en Europa, con iguales fines, los mismos actores y compartida ineficacia. Es claro que se solapan e interponen en sus competencias. Valga como ejemplo el caso de la UEO, que con diez miembros de pleno derecho, comprometidos a la mutua defensa por el Tratado de Bruselas Fundacional, cuenta ya con 27 entre miembros, socios y observadores. Pero es el caso que los nuevos incorporados no han firmado dicho Tratado, por lo que integran una alianza defensiva sin compromiso de defensa. Hay casos tan curiosos como el de Islandia, que carece de ejército; o como el de Suecia, que ha declarado que no cogerá las armas salvo en caso de defensa propia, siguiendo su tradicional política de neutralidad. Creo convendrán conmigo en que la neutralidad no es una opción admisible en una organiza-

ción de defensa. Y es que la UEO ha ampliado unilateralmente sus competencias al campo de la política y la seguridad, lo que corresponde a otras instituciones.

De nuevo sorprende y choca esta situación a la mentalidad militar. El panorama de organismos dedicados a seguridad y defensa, así como de fuerzas creadas por acuerdos entre naciones para la defensa de Europa, ha alcanzado un nivel de complejidad que no sólo crea confusión a la hora de elegir el buen camino sino que afecta a uno de los principios básicos de la guerra: la «unidad de mando», así llamado en los niveles operativo y táctico, pero que bien ha de identificarse con la «unidad de esfuerzo» en el nivel estratégico. Tanto la Unión Europea (UE) como la UEO están en manos de políticos, que tienen otras preocupaciones y están lejos de considerar esos principios de la guerra. Ya es suficiente con que nuestros generales hayan tenido que disponer de «dos gorras», según actuasen en misiones OTAN o nacionales. Por el camino actual serían necesarias varias gorras más (OTAN, nacional, UEO, UE, humanitaria,...). Es imprescindible que la voz del mando militar sea escuchada y se orienten todos los esfuerzos en una única dirección que permita esa unidad de mando y esfuerzo.

Por semejantes razones, y en relación ahora con otro de los principios —quizá el más importante— del razonamiento militar —«el objetivo»— ha de pensarse que en la construcción de la seguridad de Europa se ha dado poca parte a los militares, últimos responsables de poner en práctica las decisiones que lleguen a adoptarse en materia de defensa. La falta de una política de defensa claramente definida y del adecuado reparto de funciones, y la simultánea aparición de un considerable número de contingentes armados que se suponen al servicio de esa política inexistente, choca de manera violenta con ese principio del objetivo:

«Identificar y perseguir un objetivo claramente definido y asequible cuyo logro mejor promueva los intereses vitales.»

Si a lo dicho se añade que las mismas fuerzas habrán de actuar unas veces en operaciones clásicas y reales (como la guerra del Golfo) y otras en funciones humanitarias, en que toda su preparación para el combate queda mediatizada por la distante voz de los funcionarios de las Naciones Unidas, no será difícil comprender la alta probabilidad de fracaso en que se deja a los mandos de las fuerzas.

Otro aspecto más en el que parece no haberse contado con el criterio de los militares es el de la falta de ponderación a la hora de crear agrupacio-

nes de fuerzas para misiones humanitarias, lo que va en contra de otro de los principios básicos de la guerra, como es la «economía de esfuerzo»:

«Asignar el mínimo de recursos esenciales a prioridades secundarias.»

Como consecuencia del necesario equilibrio entre las misiones posibles y los recursos escasos. Cuando desde una mentalidad militar se oye que se está preparando un Cuerpo de Ejército (Eurocuerpo) para emplearlo en misiones humanitarias, surge inmediatamente la impresión de que en estas determinaciones falta un control competente. Como sorprende que al hablar de EUROMARFOR se establezca que una composición típica de esta fuerza aeronaval puede ser un portaaviones, de cuatro a seis buques de escolta, una fuerza de desembarco, fuerzas anfibas y un buque logístico; y se añade que este considerable núcleo de combate no participará en misiones de defensa sino solamente en los cometidos secundarios que señala la Declaración de Petersberg. Si a esta fuerza descrita se une el apoyo desde tierra de la EUROFOR, se tiene la impresión de no haberse considerado el principio de la «economía de esfuerzo».

Y todo esto se escribe en los papeles cuando las naciones, al mismo tiempo que se apuntan a todo contingente de fuerzas que se establezca, reducen sus presupuestos de defensa. ¿Qué queda, pues, para la verdadera acción de apoyo a la política exterior y de seguridad común, digamos para una nueva «guerra del Golfo»? ¿Se ha considerado la posibilidad de atender a dos frentes simultáneos? ¿O se ha definido siquiera para cuántas acciones reales y simultáneas hay que preparar ese «brazo armado» de Europa?

Acabará mencionando otro aspecto que considero importante, si no grave, de claro olvido de lo que es la conducción de fuerzas en una acción militar: la toma de decisiones. Parece criterio compartido que no se va a obligar por mayoría a que una nación aporte sus fuerzas a la acción si no quiere participar, aunque tampoco se quiere permitir que su veto anule la decisión mayoritaria de entrar en esa acción. Este es el juego político —y desarrollado por políticos— que parece haber satisfecho a todos, para evitar así el bloqueo de decisiones mayoritarias. Pero de este modo no hay la menor garantía de que la disponibilidad final de fuerzas constituya el adecuado contingente para la misión a realizar, que puede requerir una composición y una cuantía que no ofrecen las naciones favorables a la intervención que se confía a un mando militar.

De nuevo resulta imprescindible que, a la hora de regular los sistemas de toma de decisiones, se cuenta con la opinión de los generales. Solamente ellos podrán decir si el resultado de los acuerdos resulta practicable desde el punto de vista de la conducción de las operaciones.

Finalizo aquí, aunque podría extenderme en el señalamiento de acuerdos y decisiones que se están adoptando en el seno de las instituciones que aspiran a construir una estructura de seguridad y defensa en Europa y que, aparentemente, están ignorando el criterio de los militares, que son quienes habrán de poner en práctica esas decisiones y acuerdos. Pero se trata hoy de presentar aspectos de interés para el debate posterior sobre la política exterior de seguridad común y la defensa, y tengo la esperanza de haberlo logrado.

* * *

A quarter of an hour of exposition on the various defence and security organizations in Europe, is such a short period of time that I feel excused from having to describe them in detail, from their origins, causes and statutes, not forgetting their chronological evolution, up to its current situation. I am assuming, therefore, that the basics are known, and thus, I will focus on the analysis of their joint existence as elements that make up a structure which should provide security, stability, and distension; in a word, peace for Europe.

I have not meant to use the term and concept of «security guarantee» or to «guarantee» peace, in that it is an expression which lacks realism when it refers to human behavior. There is nothing which may guarantee the righteous conduct of the free man; there is not even a supreme truth for the believer, who very soon realizes his seventy-times-seven pardon quota has run out. Only confinement or death nullifies the human being, but those measures have no place in the previsions of the security and defense organizations here analyses.

All peace treaties, all security agreements that have been subscribed throughout History have at one time or another been violated. No one believes that peace, security and stability may be guaranteed by writing rules and documents and establishing institutions. And I mean treaties and conventions that have been written with a clear and straight conscience, with abnegation, altruism, the best of wills and with the eagerness to be able to foresee any eventual collapse; or treaties that have been written in circumstances under which, —once a war that has originated major destruc-



tion and massive losses of human life is ended— those who are ready to put a stop to such a barbaric act from taking place again write apparently unbreakable and imperishable treaties and accords. I am referring to precisely those treaties when I say that treaties have been broken. Thus so, it is unnecessary to stop and ponder upon the scarce effectiveness and short life of the institutions that come to life already contaminated, weak and defective.

I believe that with these preliminary considerations I have brought up a couple of ideas, which will constitute the basis for my subsequent reasoning, in order to come to not very favorable conclusions on the reliability of all current defense and security institutions that exist in Europe:

- Most European Institutions in the field of security have severe defects which render them inefficient.
- No defense and security policy is feasible without the backing of a military option.

I'd like to focus on this second statement regarding the military aspect of defense and security, as a member of the armed forces in these *Complutense University-CESEDEN Symposium*, and because I would like to express my deep concern about the fact that the process of the construction of the security identity of Europe is being neglected and ignored.

Before specifically pointing out security and defense organizations, I intend to remind you —as it is well known— that they are different, but naturally, not opposed, institutions. I must necessarily underline the fact that each one of these institutions has enlarged its powers, not always for justifiable reasons —sometimes because of an eagerness to be a protagonist— overstepping the bounds of their institutional assignments, causing confusion and disappointment for the countries.

I believe that a collective defence organization should be one that entails a mutual defense compromise among Member-States, with the use of military means when a hostile action against one of the members takes places. It is an alliance whose purpose is to restrain a specific enemy, and, if dissuasion fails, to face this aggression and eliminate it. Will, as well as human and material capability, must be available in order to resort to the military option. Among these means, there must be a structure of command, control, communications and intelligence, as well as procedures for the use of force. Alliances have existed since the beginning of humanity. Two alliances exist in Europe: NATO and the Western European Union (WEU).

On the other hand, a collective security organization would be one that, avoiding the use of violent means, commits its members to certain modes of pacific acting and takes on the functions of detection, prevention, and treatment of conflictive situations in order to pursue a solution without resorting to the use of force. Therefore, in this case, there is no threatening enemy or coalition. It is an agreement among states to live in peace, and for this reason preventive measures, as well as sanctions for those who violate that peace, must be established. The UN, the Organization for Cooperation and Development in Europe (OCDE), the European Council, the North Atlantic Cooperation Council, the Partnership for Peace, and until very recently, the «Council Forum» (today absorbed by the WEU), and last but not least, the «Stability Pact», happily and recently dissolved and included in the OSCE, and the proposed European Security and Defense Council and Transatlantic Pact, can be cited as collective security organizations in Europe. All national European Parliaments, to a lesser extent, act as collective security organizations as well. At a lower level there exists a countless quantity of forums, round tables, conferences, research institutes, symposiums and seminars, such as this one, which deal with the security of Europe.

There is one more difference among these institutions: the ideal collective security organization should include every state; that is, it should count on the commitment of all of the states that they will never resort to the use of force to solve their differences. The more states committed, the safer the world will be. The advantage to this is that the state which refuses to be a part of the organization would be hinting at its aspirations in regards to the use of violence. The disadvantage is that its great size indeed becomes its weak point, in those it would easily become inefficient or ungovernable.

On the other hand, the collective defense organization, or alliance, does not pursue universalism, since it is established against someone, against another alliance, or simply against a state. It will seek to accumulate the territory and the military might that will be sufficient to guarantee victory or dissuasion.

So far, I have set before you the array of security and defense organizations of Europe. I believe I have mentioned at least the most important ones, as I believe as well that they are too many in quantity and too short on efficiency. Because the case is that we find two especially significant circumstances: one is that most of these institutions are politically composed of the same national representatives, who, in many cases, support in some

organizations issues they veto in others, or in which they resort to abstentions. This may be thought to be part of the political game, in which it may seem that politicians say «yes» when they only mean «perhaps», and that they say «maybe» when they mean «no», and that they say «no» only when they are bad politicians. But this, which is considered acceptable when the objectives are met, has little value here, since –and here comes the second consideration– among all of those organizations, no single and shared criteria on the solution to problems of instability in Europe has been reached.

There is no shared foreign policy, nor a common security or defence policy. Meanwhile, disappointment for those who are waiting is increasing, causing noticeable damage to the aspirations for peace as well as to the establishment of a Greater Europe. And it is true that there has never been so many organizations for security and defence of peace in the smallest continent of the world.

It is easy to conclude that today there is no solidarity among Western countries, nor among the institutions. During the pre-cold war period, in the midst of the imbalance of the bipolar division, conflicts were dealt with at the highest political level, with the dissuasive backing of the stored arsenals. Countries then maintained an unbreakable solidarity and a very sought and cared for understanding in order to give the impression of unity. I believe that then, this Maastricht Treaty, which has today divided the West would have been voted for and passed by an overwhelming majority in everything having to do with security. I am not arguing for a violent attitude, but I do say that, now that the fear of weapons has disappeared in an outcry for pacifism, the only value that has established itself is the eagerness to consume and to live well, with all its array of envies, disagreements and egoisms among states, while the basic ethical principles of human behavior that are worth all efforts have been long forgotten.

For the past years I have been seeing how the mistakes that have been made in the framework of the construction of Europe's security and defence structure, have also been made with regard to the principles of military action. This has led me to the conclusion that military thinking has not had the chance to express its ideas, and that it has been ignored in affairs which affect it in such a direct manner.

I will not speak, then, about the moral principles I have mentioned before, as this is not the time and place. But indeed it is the place –because of my being a representative of a military institute– to ponder upon those we have

called «the principles of war», as regards the subject of european security and defense institutions, which we are discussing here today.

In the first place I'd like to make reference to the war that has been taking place for four long years in the territories of the former Yugoslavia, because, other than the fact that it is an inevitable reference when talking about peace and security, it is a two hour flight from the place in which we are right now. No European institution has been successful, fast nor efficient, just as happened in the Gulf War. This has been a discredit for all European Institutions as well as for their Member-States, which have been equally divided and hesitant to act. Their responses were always improvised. But I want to recall here the continuous political statements which argued that there was no military solution to the conflict or that such was not a viable or an advisable solution. Politicians called for diplomatic action, while declarations of good intentions in favor of peace followed one another, and while a still inconceivable human extermination went on unpunished. Arms only seemed to be good for «blue operations». However, an authorization for military action sufficed to immediately put a stop to the genocide. A similar case occurred with the Gulf War, and also due to a North American decision, since as I said before, there is no defence or security policy without the backing of a military option.

I would like to mention now what I stated earlier about the number of defence and security institutions that act jointly in Europe and which share the same goals, the same actors, and the same inefficiency. It is clear they overlap and get in the way of their concerns. It should be enough to mention here the case of the WEU, with ten full members committed to their mutual defence through the founding Treaty of Brussels, it already counts with 27 members, including partners and observers. But it just so happens that the newcomers have not signed the Treaty, and, therefore, they integrate a defence alliance without a defence commitment. There are really curious cases such as Iceland, which does not even have an army; or Sweden, that has declared that it will not resort to the use of force, except in case of self-defense, in consistency with its long tradition of a policy of neutrality. I think you will agree with me that neutrality is not an admissible option within a defence organization. The WEU has unilaterally enlarged its provinces to the fields of politics and security, which correspond to other institutions.

This situation seems surprising to military mentality. The wide range of organizations engaged in the fields of defense and security and of forces created by agreements on the defense of Europe, has reached a level of

complexity which leads to confusion. This complexity affects one of the basic principles of war as well: the «unity of command», so called at the operational and tactical levels, but which should be referred to as the «unity effort» at the strategic level. Both the EU and the WEU lie on the hands of politicians who have other worries and who will not take into account those principles of war. The fact is that our generals have had to wear «two hats», one for NATO missions and a different one for national missions, and this is more than enough. If things go on this way, several hats will be necessary (NATO, national, WEU, EU, humanitarian missions...) It is essential that the voices of military command be heard. It is also essential that all efforts be aimed in a single direction, thus permitting that unity of command and effort.

For such reasons, and now in relation to another military principle (maybe the most important one) –«the objective»– we must realize that military officers, responsible for the enforcement of any eventual defence decisions, have been given a small role in the construction of Europe's security. The lack of a clearly defined defense policy and of an appropriate assignment of duties, and the simultaneous emergence of a considerable number of combined multinational forces (which supposedly serve that non-existent policy) clashes violently with that «objective» principle:

«To identify and pursue a clearly defined and accessible objective whose achievement must promote vital interests.»

If we add to this that those forces will have to take part sometimes in real and classical operations (such as the Gulf War), and other times in humanitarian missions (in which all preparations for combat are conditioned by the distant voices of UN officials), it will not be difficult to understand the high probability of failure the commanders of the armed forces are left in.

One more aspect which reflects the lack of consideration for military criteria is the lack of careful consideration when creating group forces for humanitarian missions. This violates another basic principle of war, the «economy of effort»:

«To assign the smallest amount of essential resources to secondary priorities.»

As a consequence of the necessary equilibrium between possible missions and scarce resources. Once a military mind hears that an Army Corps (Eurocuerpo) is being created, it immediately comes to the conclusion that these decisions lack competent control. It is also surprising that when they speak about EUROMAFOR they state that a typical composition of this

aeronautical force may be one aircraft carrier, 4 to 6 escort ships, one landing force, one amphibious force, and one logistic support force; it is also shocking to hear that this considerable combat nucleus will not participate in defense missions but only in secondary missions, and it is pointed out in the Declaration of Petersburg. If to this force we add EUROFORCE's land support, one comes under the impression that the principle of «economy of effort» has not been taken into account. And all this is put in writing when states, which subscribe to every established combined multinational force, are cutting their defense budgets. Is there anything left, then, for an action that truly supports the foreign and security policy, let's say, a new «Gulf War»? Has the possibility of having to deal with two simultaneous fronts been considered? Or has it been defined how many real and simultaneous actions must that «European armed branch» be ready for?

I will conclude by mentioning another aspect I consider to be important, if not a serious problem, which has clearly been forgotten in what we call the force conduction in a military operation: decision making. It seems a shared criteria that a state will not be forced by a majority vote to yield its forces if it does not wish to participate. This does not mean, however, that this state's veto will be allowed to annul the majority's decision to enter into that mission. This is the political game —developed by politicians— that seems to have satisfied everybody, so as to avoid the eventual blockade of a majority decision. Nonetheless, there is not the least guarantee that the final availability of forces will make up the appropriate force for the mission that is to be carried out, which may require a specific composition and quantity that states which favor intervention may be reluctant to yield to military command.

Again it is necessary for the opinions of the generals to be taken into account in the regulation of the decision making systems. Only they will be able to say whether the result of the accords is feasible from an operational viewpoint.

I stop at this point, although I could go on and point out accords and decisions that are currently being adopted in the heart of these institutions that wish to build a security and defense structure in Europe, but which are apparently ignoring the opinions of military officers, who are indeed the ones who will have to enforce those decisions and accords. But the point today is to present those aspects that are interesting for the future debate on the common foreign and security policy and on defense, and I hope I have succeeded in doing so.